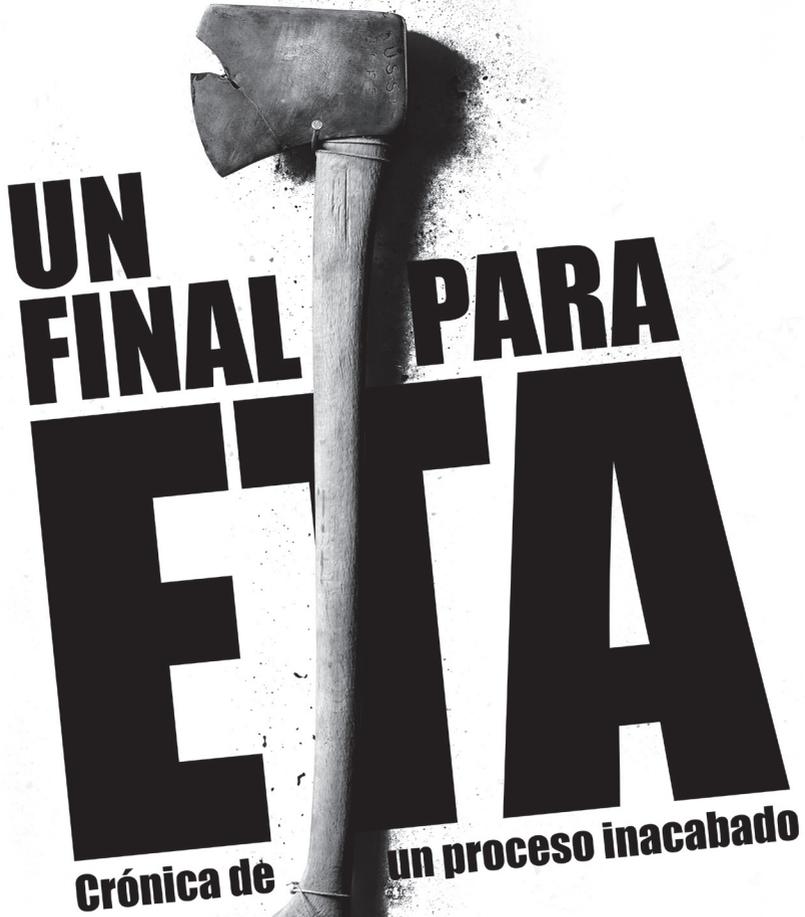


Imanol Murua Uria



**UN  
FINAL PARA  
ETA**

**Crónica de un proceso inacabado**

**TTARTALO**



## INTRODUCCIÓN

**E**n octubre de 2011, el día que Jonathan Powell anunciaba la celebración en breve de una conferencia de paz en el palacio de Aiete de Donostia, yo me encontraba en un despacho de la universidad de una remota ciudad del Far West americano: en el Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada, en Reno, un pequeño Las Vegas ubicado entre las altas montañas de la Sierra Nevada californiana y el desierto de Nevada.

Llegué a Reno, una de las capitales de la diáspora vasca, en enero de ese mismo año, con el fin de realizar mi tesis doctoral sobre el proceso del fin de ETA. Cuando en primavera de 2010 presenté el proyecto de investigación, más de uno me preguntó: “Pero, ¿estás seguro de que esto se acaba?”. Les respondía que sí, que sin ninguna duda. No es que contara con información privilegiada, pero, tras diez años de experiencia como periodista político, tenía cierta experiencia en la lectura entre líneas de las declaraciones y documentos de ETA y la izquierda abertzale. Desde que la izquierda abertzale hiciera públicas la Declaración de Altsasu primero, y el documento *Zutik Euskal Herria* después, no veía otra posibilidad.

Posteriormente me he dado cuenta de que mi conclusión fue precipitada. Si entonces hubiera sabido lo que ahora sé, no hubiera sido tan contundente en mis respuestas. Tenía conocimiento de los desacuerdos existentes en el seno de la izquierda abertzale, pero concluí que la aprobación y publicación en febrero de 2010 de la resolución *Zutik Euskal Herria* significaba el final de estas luchas internas. Mi conclusión no era del todo correcta. Era el final del debate; no obstante, quedaba mucho por aclarar. En cualquier caso, cuando comuniqué a mis compañeros de trabajo que volvía deprisa y corriendo a *Old Country*, porque el acontecimiento que dotaría de sentido a mi investigación estaba a punto de suceder, empezaron a creer que no era tan malo formulando predicciones, y que mi tesis podía tener sentido.

A los pocos días del anuncio de Powell, cuando me disponía a seguir desde la distancia los acontecimientos relacionados con una conferencia que ya se intuía importante, recibí un email que me confirmó que no se trataba de “una” conferencia, sino de “la” conferencia. Lo firmaba Martxelo Otamendi: “Hola, Imanol. No es broma. ¿Vendrías a trabajar unas dos o tres semanas a *Berria* a partir de la semana que viene? A todas luces, la gran decisión llegará a los pocos días del final de la Conferencia (...)”. No hacía falta explicar a qué se refería cuando aludía, sin más explicaciones, a “la gran decisión”.

Tres días después de recibir el email del director de *Berria*, el 17 de octubre de 2011 me plantaba en el aeropuerto Reno-Tahoe, listo para partir. Cuando el avión alzó el vuelo para atravesar el continente americano de oeste a este, las experiencias vividas en los años que como periodista cubrí el conflicto vasco empezaron a darme vueltas en la cabeza.

Me incorporé a la sección de Política del diario *Egunkaria* en el año 2001. No era como ser corresponsal de guerra, pero tampoco se trataba de la actividad ordinaria de los periodistas estándares de la sección política. Se mataba y torturaba a personas; algunos cargos electos, jueces, fiscales, varios periodistas y muchos empresarios llevaban guardaespaldas; se ilegalizaban partidos políticos y organizaciones civiles y se realizaban detenciones nocturnas. ¿Sección de Política?

Desde que finalizara el proceso de Lizarra-Garazi, ETA mostraba su versión más dura. Además de los cargos electos del PP y del PSOE, eran objetivo de la organización personas relacionadas con los medios de comunicación, la judicatura o el mundo empresarial, junto con las fuerzas de seguridad del Estado. Como periodista, me afectaron especialmente los atentados contra el director financiero de *El Diario Vasco* Santiago Oleaga y el periodista de la revista *Cambio 16* Gorka Landaburu, que, además, era de mi pueblo, Zarautz, y había sido entrenador de mi equipo de balonmano en la ikastola.

Como periodista, me trasladé varias veces a Madrid; por ejemplo, a las vistas orales del Tribunal Supremo referentes al proceso de ilegalización de Batasuna, para ver y contar cómo se ilegalizaba un partido político que contaba con el apoyo de en torno el 15% de los electores vascos. Un eslabón más en la estrategia que el Estado estrenara con el cierre de *Egin* en julio de 1998.

En poco tiempo, en febrero de 2003, llegó nuestro turno. De un día para otro, nos cerraron *Euskaldunon Egunkaria*, un diario construido con el enorme esfuerzo de muchísimas personas, en el que trabajé desde

su fundación en diciembre de 1990. El gran prestigio del que gozaban en la sociedad vasca no libró a los responsables y exresponsables del proyecto, nuestros colegas y amigos detenidos, de la incomunicación y de las sesiones de tortura.

Trabajé en la sección de Política de *Berría* desde sus inicios. Para entonces, no solo informando de los hechos, sino también analizándolos. Era parte de mi trabajo analizar qué y por qué sucedía. No obstante, me costaba mucho entender las claves de tanta violencia.

Una vez tuve una oportunidad ciertamente extraordinaria para formular algunas de estas preguntas que no acertaba a responder. Me encontraba trabajando como de costumbre en mi mesa de la redacción central de *Berría*, cuando el director me llamó a su despacho. Me formuló la pregunta en voz baja, como para no ser escuchado por nadie más, aunque estuviéramos solos en el despacho. ¿Estaría dispuesto a cubrir una rueda de prensa de ETA?

Me entregó un pequeño papel donde se indicaba qué día, a qué hora y a qué lugar debía acudir. Me trasladé en mi propio coche, aparqué y me quedé a la espera en el punto indicado, antes de la hora señalada. Finalmente, llegó un coche. No eran ellos, sino otro periodista que, como yo, había sido convocado a la rueda de prensa. Debíamos acudir a otro lugar. Partimos cuando aún no había amanecido. En el camino nos dedicamos a intentar adivinar qué nos revelarían en la rueda de prensa. Debía de ser algo importante; no era nada habitual que ETA convocara una rueda de prensa. Consideramos la posibilidad de un alto el fuego, pero los últimos acontecimientos no indicaban que fuera el momento para eso todavía.

Amanecía cuando llegamos a la altura de una iglesia. Llegó la hora, y no apareció nadie. Con un cuarto de hora de retraso, se presentó un coche. La conductora se disculpó por el retraso y nos explicó que había tenido un pinchazo en el camino. La distancia recorrida en ese primer vehículo fue breve. La enlace nos trasladó a un prado, donde otro miembro de ETA nos esperaba junto a una furgoneta, a cuya parte trasera entramos tras los saludos. Era en vano mirar hacia el exterior ya que los cristales estaban tintados. Tras circular durante un buen rato, la furgoneta se detuvo y subieron a ella otros dos periodistas, uno de ellos detrás, con nosotros, y el otro al lado del conductor, quien le pidió que fuera mirando al suelo para no ver por dónde íbamos. Luego, más curvas, y más cuestas. Cuando el vehículo volvió a detenerse, el conductor nos pidió que entráramos en la casa que teníamos en frente, pero que lo hiciéramos con la mirada gacha, sin reparar a lo que nos rodeaba. Era imposible no darse cuenta de que

nos encontrábamos en un entorno montañoso y verde, en un caserío que no tenía más casas alrededor.

Dentro, nos esperaban tres personas. Sumando al que nos había traído en la furgoneta, eran cuatro. Los periodistas éramos otros tantos. Nos sentamos frente a frente en una larga mesa de madera, los informadores en un lado, de espaldas a la ventana, y los cuatro miembros de ETA en el otro lado. Ya estaba preparado, estábamos preparados, para una rueda de prensa nada habitual.

Pero no hubo ni rueda de prensa, ni noticia. Tras servirnos café y bizcochos, nos informaron de que habían cancelado la rueda de prensa a causa de la “coyuntura”, pero que habían decidido no suspender la cita para así poder intercambiar opiniones con periodistas, al igual que estaban haciendo, según explicaron, con otros muchos agentes vascos. Aquello significaba que me encontraba en una reunión con un grupo clandestino, y que al día siguiente no podría publicar nada porque todo sería *off-the-record*. Era evidente que aquella situación podía tener consecuencias judiciales. No estaba tranquilo.

Algunos de los periodistas manifestamos nuestra preocupación por aquella peculiar situación, por las consecuencias que podía suponer la imposibilidad de publicar nada, pero preferimos no dar excesiva importancia a la cuestión, ya que estábamos ante una charla que prometía ser fructífera desde el punto de vista periodístico. No era una oportunidad cualquiera: teníamos a los portavoces de ETA frente a frente, podíamos preguntarles lo que nos interesaba, podía decirles lo que quisiera.

Hablamos durante largo tiempo. Horas y horas. Sobre el presente y futuro de su actividad armada, sobre el rechazo que generaban sus atentados en la mayor parte de la sociedad vasca, sobre el sufrimiento que conlleva la violencia, sobre las dificultades que provocaba la actividad de ETA a las opciones de colaboración entre nacionalistas... No grabamos nada, ni tomamos notas: escribí algunas líneas cuando llegué a casa por la noche, como en clave, de forma que nadie más que yo las entendiera.

Hacia el mediodía, nos entregaron una copia de un documento a cada uno y nos pidieron que lo leyéramos. Se trataba supuestamente de la declaración que habrían leído de haberse celebrado la rueda de prensa. Todos permanecieron en silencio mientras nosotros leíamos el papel. No era la mejor situación para concentrarse como era debido, y ni yo ni el resto de los periodistas percibimos grandes novedades en el contenido del texto: ETA manifestaba su voluntad de implicarse en un proceso de resolución, si se cumplían ciertas condiciones. Nos pareció que la orga-

nización ya había transmitido mensajes similares con anterioridad, y así se lo hicimos saber. Reaccionaron a nuestras palabras con lo que parecía frustración, como si no hubiéramos entendido algo que se suponía debíamos de haber entendido. No habíamos acertado a leer entre líneas.

Les preguntamos por activa y por pasiva si se podía esperar a corto plazo un alto el fuego o un período de cierta distensión para posibilitar algún tipo de proceso. En esas fechas, hacía unos cuantos meses que ETA no realizaba ningún atentado y, como era habitual en estos casos, existían especulaciones en el ámbito político y mediático sobre las causas de esta inactividad. No nos dieron una respuesta clara. También les preguntamos sobre la petición de un alto el fuego que habían realizado varias personalidades de la cultura vasca y de la universidad. Uno de los miembros de ETA zanjó el tema argumentando que, para pedir un alto el fuego, primero había que ponerse el casco militar. Además, nos hablaron sobre la última asamblea de la organización. Con un gesto de cabeza, dirigieron nuestras miradas a un montón de papeles, que, según dijeron, eran las aportaciones escritas del debate. Aseguraron que habían debatido sobre todas las cuestiones, que había habido propuestas de todo tipo, que algunos incluso propusieron el final de la lucha armada. Pero eran minoría.

El debate no se interrumpió durante la comida, que consistió en paté, pollo asado con lechuga y vino tinto. Una buena comida. Sin embargo, al final, la conversación no fue tan fructífera, no al menos desde el punto de vista informativo. Charlamos y debatimos largo y tendido, tuvimos la oportunidad de conocer mejor los argumentos de los miembros de ETA, pero no sacamos nada en claro sobre las verdaderas intenciones de ETA, sobre las opciones de un proceso de paz y sobre lo que ocurría en la cocina del conflicto. Yo, al menos, no.

Concluí que a corto plazo no había opciones para un proceso de paz. Cuando la reunión estaba a punto de terminar nos preguntaron si la conversación nos había resultado útil. “Al menos, ahora sabemos que las especulaciones sobre un alto el fuego no coinciden con la realidad”, les respondí. “No hemos dicho tal cosa”, me replicó con una sonrisa un tanto irónica el mismo que había hecho la pregunta. Había empezado a oscurecer cuando el conductor de la furgoneta nos llevó a un municipio cuyo nombre no desveló: se limitó a explicar cómo podíamos llegar a la estación de tren para trasladarnos a los lugares en los que habíamos dejado nuestros coches.

Tras esta reunión que había durado todo un día, seguíamos sin saber si entre bastidores había algún tipo de movimiento de cara a un proceso de diálogo. Posteriormente supimos que algo se movía, que, en las profundidades, no todo estaba paralizado. Para cuando nosotros visitamos aquel caserío en la clandestinidad, Arnaldo Otegi y Jesús Eguiguren actuaban casi en clandestinidad en otro caserío llamado Txillarre. Más tarde llegaron las conversaciones de Ginebra y Oslo, el alto el fuego de 2006, las conversaciones de Loiola y el atentado de Barajas. Seguramente, los interlocutores que tuvimos al otro lado de aquella mesa de madera tuvieron algo que ver con el origen de aquel malogrado proceso de resolución.

Recogí en el libro *Loiolako hegiak*, traducido al castellano como *El triángulo de Loiola*, las vicisitudes relacionadas con aquel proceso fallido. Las veces que hablé en público con motivo del libro me preguntaron en más de una ocasión si alguna vez publicaría su continuación, a lo que, medio en broma, solía responder que, de hacerlo, me gustaría escribir un libro con un final más feliz.

El 17 de octubre de 2011 cruzaba el Atlántico en un avión de American Airlines en busca de ese final feliz. Al día siguiente, cuando no habían pasado más que cuatro días desde que recibiera el email de Martxelo en mi despacho de Reno, me encontraba en la redacción central del *Berria*, en Andoain, frente al ordenador de una de las mesas de la sección de Política. Dos días después llegó la gran noticia.

Siendo cierto que los periodistas tendemos a abusar de la palabra “histórico”, esta vez era pertinente, cosa que destaqué en el análisis que al día siguiente firmé en *Berria*: “Acordaos de este día. 20 de octubre. 20 de octubre de 2011. Las siete de la tarde del 20 de octubre de 2011. En algún momento olvidaremos que el día de ayer asesinaron a Muammar Gaddafi, pero nunca olvidaremos qué día anunció ETA su decisión de dejar la actividad armada”.

No lo hemos olvidado. Cuando presenté la tesis en Reno el 24 de noviembre de 2014, llevábamos tres años de ausencia de violencia de ETA, aunque la paz estaba lejos de estar consolidada porque los gobiernos español y francés decidieron seguir en *guerra*, en lugar de poner las bases para una solución duradera. El desenlace, al final, no está siendo tan feliz como se esperaba. Pero esa es otra historia.

El presente libro centra su atención principalmente en los hechos ocurridos entre 2007 y 2011, aunque también se fija en lo acaecido a partir de la década de los 80. Es decir, intenta explicar qué ocurrió desde la ruptura del alto el fuego de ETA en junio de 2007 hasta el anuncio

del cese definitivo en octubre de 2011. ¿Por qué ahora? ¿Por qué de esta manera? Si bien el texto está basado en la investigación realizada para la tesis elaborada y presentada en el Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada (“*The End of ETA: Narratives from the Media and from the Actors*”), se trata de una crónica periodística.

Aunque, por supuesto, la información publicada en su momento por los medios de comunicación me ha servido de ayuda, las principales fuentes de este relato las constituyen las entrevistas personales, por un lado, y los contenidos de documentos conocidos y no tan conocidos de ETA y la izquierda abertzale, por otro. Entre los entrevistados se cuentan exmiembros de ETA –Antton Lopez *Kubati*, Eugenio Etxebete *Antton*, Alfonso , Juan Karlos Ioldi, Jokin Urain, Fermin Santxez Agurruza, Carmen Gisasola–, exministros del Gobierno español –Jaime Mayor Oreja, Ramón Jáuregui–, jueces de los principales tribunales españoles –Javier Gómez Bermúdez (Audiencia Nacional), Adela Asua (Tribunal Constitucional), Joaquín Giménez (Tribunal Supremo)–, mediadores –Ram Manikkalingam, Juan María Uriarte, Paul Rios–, dirigentes y exdirigentes de los partidos políticos vascos –Andoni Ortuzar, Joseba Egibar, Rodolfo Ares, Jesús Eguiguren, Rufi Etxeberria, Patxi Zabaleta, Iñaki Oyarzábal, Miguel Sanz, Pello Urizar, Unai Ziarreta, Rafa Larreina, Jakes Bortairu, Oskar Matute–, y otros actores como Jonan Fernández, Iñaki Esnaola, Filipe Bidart, Maite Pagazaurtundua, Fabian Laespada e Iñaki Altuna. No he podido entrevistar a algunos de los protagonistas principales de esta historia porque en el transcurso de esta investigación estuvieron en prisión, cumpliendo, paradójicamente, condenas por pertenencia a un grupo armado que contribuyeron decisivamente a *desarmar*. Las declaraciones realizadas por Arnaldo Otegi en el libro-entrevista *El tiempo de las luces* de Fermín Munarriz me han servido para intentar paliar esta carencia.

Quiero dar las gracias a todas aquellas personas que me han ayudado en esta investigación; en especial a todos los entrevistados que han tenido a bien responder a mis preguntas, al Centro de Estudios Vascos de Reno y a todas las compañeras y compañeros del centro, así como a los dos directores que me han guiado en el desarrollo de mi tesis doctoral, Joseba Zulaika y Txema Ramírez de la Piscina.

Zarautz, octubre de 2015